

teniendo ley de Dios, la menosprecian y quebrantan: como él mismo lo testifica por Amós, *1* diciendo: *¿ Por ventura no hice yo subir a los hijos de Israel de Egipto, y a los Palestinos de Capadocia, y a los Syrios de Syrene? Porque los ojos del Señor están puestos sobre el Reyno que peca, para destruirlo y echarlo de sobre la haz de la tierra.* Dando a entender que todas estas mudanzas de Reynos, destruyendo unos y plantando otros, se hacen por pecados. Y quien quisiere ver si esto nos toca, revuelva las historias passadas, y verá como por un mismo rasero lleva Dios a todos los malos, especialmente a los que teniendo verdadera ley, no la guardan. Porque así verá quanta parte de Europa, de Africa y de Asia, que estaba llena de Iglesias de pueblos Christianos, está ahora poseída de barbaros y paganos; y verá quantas destrucciones ha padecido la Iglesia por los Godos, por los Hunnos y por los Wandalos, que en tiempo de S. Agustin destruyeron toda la provincia de Africa, sin perdonar a hombre ni muger, ni viejo ni niño ni doncella. Y en este mismo tiempo de tal manera fue asolado por los mismos barbaros el Reyno de Dalmacia con las provincias comarcanas, que, como dice S. Hieronymo, natural de esta provincia, quien por ella passaba, no veía mas que cielo y tierra: tan asolada havia quedado. Lo qual todo nos declara como la virtud y verdadera religion no solo

1 Amos. IX.

ayuda para alcanzar los bienes eternos, sino tambien para no perder los temporales: porque la consideracion de esto con todas las demas sirva para aficionar nuestros corazones a esa misma virtud, que de tantos males nos libra, y de tantos bienes está acompañada.

CAPITULO XXIII.

DUODECIMO PRIVILEGIO DE LA VIRTUD,
QUE ES, QUAN ALEGRE Y QUIETA SEA
LA MUERTE DE LOS BUENOS: Y POR EL
CONTRARIO QUAN MISERABLE Y CONGO-
JOSA LA DE LOS MALOS.

A Todos estos privilegios se añade el postre, que es el fin y muerte gloriosa de los buenos, al qual todos los otros se ordenan. Porque si, como dicen, al fin se canta la gloria, dime: ¿ qué cosa mas gloriosa que el fin de los buenos; ni mas miserable que el de los malos? *Preciosa es*, como dice *1* el Psalmo, *la muerte de los Santos en el acatamiento del Señor*: mas la muerte de los pecadores *2* dice que es pesima; que quiere decir muy mala en superlativo grado; porque assi para el cuerpo como para el anima es el ultimo de todos los males. Y assi *3* dice S. Bernardo sobre estas palabras: *La muerte de los pecadores es pesima.* Porque ella es primeramente mala por razon del apartamiento del

1 Psalm. CXV. *2* Psalm. XXXIII. *3* In parvis Ser. Ser. XII.

mundo, y peor por el apartamiento del cuerpo, y pesima por los dos eternos tormentos del fuego y del gusano inmortal que se siguen despues de ella. Porque mucho duele dexar el mundo, y mucho mas salir de la carne; pero mucho mas el tormento del infierno. Pues todas estas cosas juntas, con otras anexas a ellas, atormentan al malo en aquel tiempo. Porque allí primeramente le fatigan los accidentes de la enfermedad, los dolores del cuerpo, los temores del anima, las congojas de lo que queda, los cuidados de lo que será, la memoria de los pecados passados, el recelo de la cuenta venidera, el temor de la sentencia, el horror de la sepultura, el apartamiento de todo lo que desordenadamente ama: esto es, de la hacienda, de los amigos, de la muger, de los hijos, y de esta luz y ayre comun, y de la misma vida. Cada cosa de estas por su parte tanto mas le lastima, quanto era mas amada. Porque como dice muy bien San Agustin: No se pierden sin dolor las cosas que se poseen con amor. Por donde dixo un philospho que aquel temia menos la muerte, que menos deleytes tenia en la vida.

Però sobre todo esto fatiga en aquella hora el tormento de la mala conciencia, y la consideracion y temor de lo que le está guardado. Porque entonces despertando el hombre con la presencia de la muerte, abre los ojos y mira lo que nunca havia mirado en la vida. La razon de lo qual

qual señala muy bien Eusebio Emiseno en una Homilia, diciendo: „Que porque en aquel tiempo cesan todos los cuidados de allegar y de buscar lo necessario para la vida, y cesa tambien la ambicion de la honra y de la hacienda, y ninguna ocupacion hay entonces, ni de trabajar, ni de militar, ni de hacer otra cosa alguna; de aqui es que sola la consideracion de la cuenta ocupa el anima, vacia de todos los otros cuidados; y solo el peso del divino juicio toma todos los sentidos. Estando pues assi el hombre miserable, con la vida puesta a las espaldas, y la muerte ante los ojos, olvidase de todo lo presente que dexa, y comienza a pensar en lo venidero que le aguarda. Allí ve como ya se acabaron los deleytes; y solos los pecados, que se hicieron cometiendolos, quedan para el divino juicio.“ Y prosiguiendo el mismo Doctor esta materia en otra Homilia, dice assi: „Pensemos ¿qué llanto será aquel del anima negligente quando salga de esta vida? ¿qué angustias, qué escuridad, qué tinieblas, quando vea que entre los adversarios que la han de cercar, le salga primero al encuentro su misma conciencia acompañada de diversos pecados? Porque ella sola, sin mas probanza, se ha de ofrecer a nuestros ojos, para que nos convenza su testimonio, y nos confunda su conocimiento. No será possible encubrirse aqui nada, ni negarse; pues no de lejos ni de otra parte, sino de dentro de nos mismos ha de salir el acusador y el tes-

» tigo. « Hasta aqui son palabras de Eusebio.

Pero mas a la larga y mas divinamente prosigue Pedro Damiano Cardenal esta materia, ¹ diciendo assi: » Pensemos con mucha atencion » quando el anima de un pecador comienza a salir de la prision de esta carne, con quán recios » temores combatida, y con quantos estímulos » de la conciencia acusadora pungida. Acuerdase » de las culpas que cometió; ve los mandamientos divinos que menospreció; duelese por haber vanamente gastado el tiempo de la penitencia; y afligese viendo que está presente al artículo inevitable de la cuenta y de la divina venganza. Querria quedarse; y es compelida a partirse: querria recobrar lo perdido; y no se le da espacio para ello. Volviendo los ojos atrás, mira todo el curso de la vida pasada, y parecele un brevissimo punto. Echalos adelante, y ve un espacio de infinita perpetuidad que la está esperando. Lloro viendo que perdió el alegría de todos los siglos, la qual en este brevissimo espacio pudiera ganar, y afligese porque perdió aquella inefable dulzura de perpetua suavidad por un breve deleyte de la carne sensual; y averguenzase considerando que por aquella sustancia que havia de ser comida de gusanos, despreció aquella que havia de ser colocada entre los coros de los Angeles. » Y contemplando la gloria de aquellas riquezas

» in-

¹ Está este tratado entre las meditaciones de S. Aug. al fin del libro.

» inmortales, confundese de ver como las perdió por la pobreza de estos bienes temporales. » Mas quando abaxa los ojos de lo alto a mirar » el valle tenebroso de este mundo, y ve sobre » sí la claridad de aquella luz eterna, conoce claramente que era noche y tinieblas todo lo que » en este mundo amaba. ¡O, si pudiesse entonces merecer espacio de penitencia, quán aspera vida abrazaría! quán grandes cosas prometería, y a quántos votos y oraciones se obligaría!

» Mas entre tanto que estas cosas revuelve en su corazon, comienzan a venir los mensajeros y precursores de la muerte, que son, escurecerse y hundirse los ojos, levantarse el pecho, enronquecerse la voz, elarse los miembros, pararse los dientes negros, hincharse la boca de sarro, y mudarse la color del rostro. » Pues mientras estas cosas passan, como officios que sirven a la muerte vecina, representanse a la miserable anima todas las obras, y palabras y pensamientos de la mala vida pasada, dando triste testimonio contra su autor: » y aunque él las quiera dexar de mirar, es forzado que las vea.

» Con esto se junta por una parte la horrible compañía de los demonios, y por otra la virtud y compañía de los Angeles. Y luego se comienza a barruntar a qual de las dos partes ha de pertenecer aquella presa. Porque si en él hay obras de piedad y virtud, luego es consolarlo con el regalo y convite de los Angeles.

Z 2

» Mas

„ Mas si la fealdad de sus demeritos y mala vida
 „ da piden otra cosa, luego se estremece con in-
 „ tolerable temor y desconfianza: y assi es despe-
 „ ñado y acometido, y arrancado de su misera-
 „ ble carne, y llevado a los tormentos eternos. “
 Todo lo susodicho es de Pedro Damiano. Dime
 pues ahora: si esto es verdad, y si esto assi ha
 de passar; ¿qué mas era menester, si los hom-
 bres tuviessen seso, para ver quàn miserable sea
 y quánto para huir la suerte de los malos, pues
 les está guardado un tan triste y tan desastra-
 do fin?

Y si para aquel tiempo pudiesen ayudar en
 algo las cosas de esta vida, como ayudan para
 todo lo al, menos mal seria. Pero ¿qué diremos?
 que alli ninguna de estas ayuda, pues es cierto
 que alli ni aprovechan las honras, ni defienden
 las riquezas, ni valen los amigos, ni acompañan
 los criados, ni ayuda el linage, ni socorre la ha-
 cienda, ni sirve otra cosa sino sola la virtud e
 inocencia de la vida. Porque, 1 como dice el Sa-
 bio: *No aprovecharán las riquezas en el dia
 de la venganza; mas la justicia sola, que es la
 virtud, librará de la muerte.* Pues como el ma-
 lo se halle tan pobre y tan desnudo de este so-
 corro; ¿cómo podrá dexar de temblar y con-
 gojarse, viendose tan solo y desfavorecido en el
 juicio divino?

¶ I.

1 Prov. XI.

DE LA MUERTE DE LOS JUSTOS.

Mas por el contrario ¿la muerte de los justos
 quàn agena está de todos estos males? Por-
 que assi como el malo recibe aquí el castigo de
 sus maldades, assi el bueno el galardón de sus
 merecimientos; segun aquello del Eclesiastico,
 1 que dice: *Al que teme a Dios irá bien en sus
 postrimerías, y en la hora de la muerte será
 bendito:* esto es, será enriquecido y galardona-
 do por sus trabajos. Y esto es lo que mas clara-
 mente significó el Evangelista S. Juan en el Apo-
 calypsi. El qual dice 2 que oyó una voz del cielo
 que le dixo, que escribiesse: y las palabras que
 le mandó escribir, eran estas: *Bienaventurados
 los muertos que mueren en el Señor. Porque lue-
 go les dice el Espiritu santo que descansen ya
 de sus trabajos; porque sus buenas obras van
 en seguimiento de ellos.* Pues el justo que esta
 palabra tiene de Dios, ¿cómo desmayará en esta
 hora, viendo que va a recibir lo que procuró
 toda la vida? Pues por esto se escribe en el libro
 de Job, 3 hablando del justo, *que a la hora de
 la tarde le saldrá el resplandor del medio dia;
 y quando le pareciere que estaba consumido,
 resplandecerá como lucero.* Sobre las quales pa-
 labras dice S. Gregorio: Que por esto amanece

Z 3

es-

1 Ecol. I. 2 Apoc. XIV. 3 Job XI.

este resplendor al justo en la hora de la tarde, porque a la hora de su muerte reconoce la claridad y gloria que le está aparejada: y assi en el tiempo que los otros se entristecen y desmayan, está él en Dios consolado y confiado. Assi lo testifica Salomon en sus Proverbios, 1 diciendo: *Por su malicia será desechado el malo; mas el justo a la hora de su muerte estará confiado.*

Si no, dime: ¿qué mayor confianza que la que el bienaventurado S. Martin tenia a la hora de su muerte? El qual viendo ante sí al demonio, dixo estas palabras: ¿Qué haces aqui, bestia sangrienta? No hallarás en mí cosa muerta en que te puedas cebar; y por esto el seno de Abraham me recibirá en paz. ¿Qué mayor confianza otrosí que la que en este mismo passo tenía nuestro Padre Santo Domingo? El qual viendo a sus frayles llorar por su partida, y por la falta que les hacia, los consoló y esforzó, diciendo: No os desconsoléis, hijos míos: porque en el lugar donde voy os seré mas provechoso. Pues ¿cómo podía en aquel trance desconsolarse, ni temer la muerte, quien tenia la gloria por tan suya, que no solo esperaba alcanzarla para sí, sino tambien para sus hijos?

Pues por esta causa los justos no tienen por qué temer la muerte; antes mueren alabando y dando gracias a Dios por su acabamiento; pues en él acaban sus trabajos, y comienza su felicidad. Y assi dice S. Agustín sobre la Epistola de San

San Juan: El que desea ser desatado y verse con Christo, no se ha de decir de él que muere con paciencia; sino que vive con paciencia, y muere con alegría. Assi que el justo no tiene por qué entristecerse ni temer la muerte: antes con mucha razon se dice de él que muere cantando, como cisne, dando gloria a Dios por su llamamiento. No teme la muerte; porque temió a Dios: y quien a este Señor teme, no tiene mas que temer. No teme la muerte; porque temió la vida: porque los temores de la muerte efectos son de mala vida. No teme la muerte; porque toda la vida gastó en aprender a morir, y en aparejarse para morir: y el hombre bien apercebido no tiene por qué temer a su enemigo. No teme la muerte; porque ninguna otra cosa hizo en la vida sino buscar ayudadores y valedores para esta hora, que son las virtudes y buenas obras. No teme la muerte; porque tiene al Juez grangeado y propicio para este tiempo con muchos servicios que le ha hecho. Finalmente no teme la muerte; porque al justo la muerte no es muerte, sino sueño: no muerte, sino mudanza: no muerte, sino ultimo día de trabajos: no muerte, sino camino para la vida, y escalon para la inmortalidad; porque entiende que despues que la muerte passó por el venero de la vida, perdió los resabios que tenia de muerte, y cobró dulzura de vida.

Ni tampoco desmaya por todos los otros accidentes y compañeros de este passo; porque sabe que estos son dolores de parto con que nace

para la eternidad, por cuyo amor tuvo siempre la muerte en deseo, y la vida en paciencia. No desmaya con la memoria de los pecados; porque tiene a Christo por Redemptor, a quien siempre agradó: no por rigor del juicio divino; porque le tiene por abogado: no por la presencia de los demonios; porque le tiene por capitán: no por el horror de la sepultura; porque sabe ¹ que allí siembra el cuerpo animal para que despues nazca espiritual. Pues si al fin se canta la gloria, y el postrer dia, como dice muy bien Seneca, juzga de todos los otros dias, y da sentencia sobre toda la vida passada, porque él es el que justifica o condena todos los passos de ella, y tan pacifico y quieto es el fin de los buenos, y tan congojoso y peligroso el de los malos; ¿qué mas era menester que esta sola diferencia, para escupir la mala vida, y abrazar la buena? ² qué montan todos los placeres, toda prosperidad, todas las riquezas, y todos los regalos y señorios del mundo, si en el fin vengo a ser despeñado en el infierno? y qué me pueden dañar todas las miserias de esta vida, acabando en paz y tranquilidad, y llevando prendas de la gloria advenidera? Sea el malo quán sabio quisiere en saber vivir: ¿para qué presta este saber, sino para saber adquirir cosas con que te hagas mas sobervio, mas vano, mas regalado, mas poderoso para el mal, mas inhabil para el bien, y para que te sea tanto mas amarga la muerte,

quán
de que estos son dolores de este passo: *I. Cor. XV. 2 Sap. V.*

quanto era mas dulce la vida? Si seso hay en la tierra, no hay otro mayor que saber bien ordenar la vida para este fin: pues el principal officio del sabio es saber ordenar convenientemente los medios para su fin. Por donde si es sabio medico el que sabe ordenar la medicina para la salud, que es el fin de esa medicina; aquel será perfecta y absolutamente sabio, que supiere ordenar su vida para la muerte: esto es, para la cuenta que se ha de dar en ella; a la qual se debe ordenar toda la vida.

§. II.

PRUEBA LO DICHO POR EXEMPLOS.

Mas para mayor declaracion y confirmacion de lo dicho, y para espiritual recreacion del lector, me pareció añadir aqui algunos exemplos dignos de memoria, de las muertes gloriosas de algunos Santos, tomadas del quarto libro de los Dialogos de S. Gregorio Papa: ¹ en los quales claramente se verá quán alegre y dichosa sea la muerte de los justos. Y si en esto me estendiere algo, no se perderá en ello tiempo; porque este Santo Doctor de tal manera cuenta estas historias, que de camino va dando mucha doctrina y avisos saludables en ellas.

» Escribe él pues que en tiempo de los Go-

» dos havia en la ciudad de Roma una nobilissi-
» ma
» *Greg. IV. lib. Dial. c. XIII.*

„ ma doncella, por nombre Gala, hija de un
 „ Consul llamado Simacho. La qual siendo de
 „ poca edad, dentro de un año fue juntamente
 „ casada y viuda. Y como el mundo y la edad y
 „ las riquezas la convidassen otra vez al mismo
 „ estado, quiso ella antes desposarse con Chris-
 „ to en aquellos desposorios que comienzan con
 „ llanto y acaban con alegría, que en estos del
 „ mundo, que comenzando con alegría acaban
 „ con tristeza, por la muerte necessaria que ha
 „ de ver el uno del otro. Mas como ella fuesse
 „ de complexion muy caliente, certificaronle los
 „ medicos que si no casaba le havian de nacer
 „ barbas como a hombre: y assi le acaeció. Pero
 „ la santa muger, que havia amado la hermosu-
 „ ra interior de su esposo, no temió la fealdad
 „ exterior de su cuerpo, ni hizo caso de aquella
 „ fealdad que no desagradaba al Esposo Celestial.
 „ Dexado pues el habito secular, entregóse
 „ toda al servicio de Dios, entrando en un Mo-
 „ nasterio que estaba junto a la Iglesia del Apos-
 „ tol S. Pedro; donde perseveró muchos años
 „ con gran simplicidad de corazón, y grande
 „ exercicio de oracion, haciendo muy largas li-
 „ mosnas a pobres. Y determinando el Señor to-
 „ do poderoso de dar perpetuo galardón a los
 „ trabajos de su sierva, vino a adolecer de un
 „ cancro que le nació en el pecho. Y estando ella
 „ acostada en su cama, tenía siempre dos lam-
 „ paras encendidas: porque, como amiga de luz,
 „ no solo aborrecia las tinieblas espirituales,
 „ mas tambien las corporales. Estando pues una

„ noche fatigada con su enfermedad, vió entre
 „ las dos lamparas al bienaventurado Apostol
 „ S. Pedro: y no temió nada de verle; antes
 „ tomando con él amor y osadia, se alegró, y le
 „ preguntó diciendo: ¿Qué es esto, Señor mio?
 „ por ventura son ya perdonados mis pecados?
 „ Respondió el Apostol glorioso con un rostro
 „ benignissimo, y abaxando la cabeza le dixo:
 „ Ya son perdonados: Ven. Mas porque esta
 „ sierva de Dios tenía muy especial amistad con
 „ otra Religiosa de aquel Monasterio, que se
 „ llamaba Benediçta, replicó luego diciendo:
 „ Ruego que venga conmigo la hermana Bene-
 „ diçta. Respondió él: No ha de venir esa, sino
 „ fulana, nombrando otra Religiosa por su nom-
 „ bre, y esa que pides, de aqui a treinta dias
 „ te seguirá. Passado esto, cesó la vision: y la
 „ doliente llamando a la madre del Monasterio,
 „ dióle cuenta de todo lo que havia passado: y
 „ de aí a tres dias falleció ella, y juntamente la
 „ otra que le era señalada: y cumplidos los trein-
 „ ta passó de esta vida a la otra la que ella ha-
 „ via pedido. La memoria de este hecho perma-
 „ nece hasta ahora en aquel Monasterio: y las
 „ Religiosas mas nuevas, que supieron esto de
 „ sus madres, lo cuentan ahora con tanto fervor
 „ y devocion como si estas mismas se hallaran
 „ presentes a esta maravilla. « Hasta aqui son
 „ palabras de S. Gregorio. Considere pues aquí
 „ el Christiano lector quán glorioso fin haya si-
 „ do este.

„ Tras de este exemplo escribe el mismo Santo
 otro

otro no menos memorable. » Havia, dice él, en
 » Roma un hombre llamado Servulo, muy po-
 » bre de hacienda, y muy rico de merecimien-
 » tos: el qual estaba en un portal, que era passo
 » para la Iglesia de S. Clemente, pidiendo li-
 » mosna a los que por allí passaban: y estaba
 » tan tullido de perlesía en un lecho, que ni se
 » podia levantar, ni asentar en la cama, ni lle-
 » gar la mano a la boca, ni mudarse de un lado
 » a otro. Tenia él una madre y un hermano que
 » le acompañaban y servian: y todo lo que él
 » podia haber de sus limosnas mandabalo dar a
 » otros pobres por mano de la madre y del her-
 » mano. No sabia leer: mas havia comprado al-
 » gunos libros sagrados; y quando recibia en ca-
 » sa algunos Religiosos, hacia que le leyessen
 » en ellos: de donde vino a ser que en su mane-
 » ra supiesse mucho de las Escripturas Sagradas,
 » aunque de el todo no sabia leer. Y juntamente
 » con esto procuraba dar siempre gracias a nues-
 » tro Señor en medio de sus dolores, y ocupar-
 » se día y noche en hymnos y alabanzas divinas.
 » Mas llegando ya el tiempo en que el Señor
 » queria remunerar esta tan gran paciencia, lle-
 » gó a lo postrero. Y como él se viesse vecino
 » a la muerte, llamó a los peregrinos huespedes
 » que en su casa havia, y amonestóles que se
 » levantassen y cantassen juntamente con él psal-
 » mos por la esperanza de su acabamiento.

» Y estando él con ellos muriendo y cantan-
 » do, subitamente los atajo y puso silencio con
 » un grande clamor y terror, diciendo: Callá.

» ? Por

» ? Por ventura no oís las voces de alabanzas
 » que suenan en el cielo? Y estando él atento
 » con el oido de su corazon a las voces que den-
 » tro de sí oía, luego aquella santa anima fue
 » desatada de la carne; y assi como acabó de
 » espirar, sintióse allí un tan maravilloso olor,
 » que todos quantos presentes estaban, fueron
 » llenos de inestimable suavidad: por las quales
 » cosas evidentemente conocieron que eran ver-
 » daderas las voces de alabanza con que aquella
 » anima havia sido recibida en el cielo. A la
 » qual maravilla se halló presente un Monge
 » nuestro que hasta hoy es vivo: el qual con
 » grandes lagrimas suele testificar que aquel
 » olor maravilloso no se quitó de las narices de
 » los que allí asistian, hasta que el cuerpo fue
 » entregado a la sepultura. «

Tras de este añadiré aquí otro exemplo me-
 morable del mismo S. Gregorio, y del qual da
 él fiel testimonio, como de cosa que mucho le
 tocaba. » Tres hermanas, dice él, tuvo mi pa-
 » dre: las quales todas fueron virgenes dedica-
 » das a Dios. La una se llamaba Tarsilla, y la
 » otra Gordiana, y la otra Emiliana. Y todas
 » tres con un mismo fervor y devocion se ofre-
 » cieron a Dios, y en un mismo tiempo se con-
 » sagraron a él: y assi vivian en su propia casa
 » debaxo de una estrecha regla y observancia.
 » Y perseverando mucho tiempo en esta vida,
 » comenzaron Tarsilla y Emiliana a crecer cada
 » dia